

LAS DECLINACIONES DEL LATÍN

Las hermosas mayúsculas —capitales elegantes— del más prestigioso códice virgiliano parecen calcadas sobre una epigrafía monumental, que es reflejo del trascendente empeño ecuménico de César Octaviano. Por ello, dicha reliquia —apenas unas siete *schedae Vaticano-Berolinenses*— lleva el nombre genérico de códice Augusteo, que le diera Pertz, convencido de su contemporaneidad con la época del esplendor de los Julios.

Hoy sabemos que el documento no es de ese período y que corresponde a una etapa muy especial, a la que se asocian otros códices virgilianos en letra capital rústica, como el Palatino, del siglo IV, hoy en la Biblioteca Vaticana; el Mediceo, algo posterior, y el Romano, con ilustraciones del siglo V o VI.

En ese lapso, varios textos se agregan a esos miembros dispersos de lo que debió ser una floración muy numerosa de tal tipo de manuscritos, que reflejaba, por paradoja, un descaecimiento de los valores de la latinidad áurea. Porque esa tardía voluntad de recomponer las glorias de un pasado esplendor, evocando, con grafía mayúscula, los rasgos más conspicuos de la majestuosidad marmórea, respondía al propósito de preservar, siquiera parcialmente, las glorias de una tradición combatida por la incuria bárbara y por la preocupación de algunos doctores de la nueva fe, que temían un reverdecimiento del paganismo a través del cultivo de las viejas formas. Los encantamientos de Horacio o del Mantuano podían aún acarrear esas desviaciones afectivas por las que Agustín había de penitenciarse cuando recordaba sus llantos ante las ficciones virgilianas y los contraponía a sus sequedades devocionales.

La decadencia de los viejos valores de la latinidad produciría, a la postre, beneficioso efecto, del que hoy sacamos especial provecho: gracias al tesón de los que veían palidecer las galas de un pasado que se marchitaba ante el surgimiento de nuevas estructuras, nos que-

dan, como preciadas joyas, resguardadas celosamente en bibliotecas europeas, varios manuscritos, enteros o mutilados, en letra capital elegante o rústica, de enorme valor para la reconstrucción de los arquetipos.

Junto a este ejemplo cabe recordar otros que nos inclinan a pensar que el latín, por curiosa fortuna, parece destinado a dejar, como réplica de alguna temporaria declinación, exquisitos frutos de cultura. En busca de probanzas, remontémonos, ahora sí, a las épocas de plenitud augustal que aquellos códices tardíos pretendieron reflejar. En el *Diálogo de los oradores* se señala que, del modo que nunca adelanta el arte de curar en los pueblos que gozan de total salud, la gloria de la elocuencia es menor cuando reinan las buenas costumbres y todos obedecen al que manda, ya que no hacen falta al pueblo discusiones ni peroratas cuando los óptimos se asocian en pronto acuerdo, siendo mínimos los delitos y máximo el poder imperial. Con lo que la elocuencia latina declinará sin remedio ante la presión de la jerarquía divinizada.

No obstante, las escuelas de los rétores, nacidas a impulsos del fervor oratorio republicano, no habrían de extinguirse sin más y buscarían cautos sucedáneos, apoyados en modelos griegos, pormenorizando las figuras de dicción en finos análisis y en el perfeccionamiento de los juegos de estilo, con lo que acabarían transmitiendo a la posteridad un extraordinario arsenal retórico que, despojado de prolijidades y nomenclaturas superabundantes, constituye el espléndido legado que las tendencias más actuales valorizan y remozan.

Simultáneo planteo se observa en el ámbito de la gramática normativa. A medida que, en la llamada edad de plata, la lengua latina pierde lustre y concisión, se multiplican los esfuerzos por imponer los máximos modelos del período ciceroniano en busca de pautas del buen decir. Surgen así, con la decadencia de las formas clásicas, movimientos de restauración como el que culmina a fines del siglo IV, en épocas del emperador Teodosio, en que se renueva la lectura, transcripción e interpretación de textos.

Tratados "de compendiosa doctrina", como el de Nonio Marcelo, pretenderán apuntalar una lengua que parece perder su prístina pu-

reza. Las glosas trasuntan un entusiasmo que contagiara a Elio Donato, a Carisio, a Diomedes y al muy divulgado Servio, quien habra de comentar las obras de Virgilio, dechado tardío de toda sapiencia, incluso gramatical.

Alentado por esa voluntad reparadora y vivificante, San Jerónimo cotejara textos sacros y se erigira en el máximo filólogo de su generación, en tanto Macrobio ensayara técnicas de gramática comparada y nos entregara en las *Saturnales* algo así como una síntesis de la poética antigua. Ese didactismo llegara a tener curiosa proyección en la obra de Prisciano, quien, en un medio casi hostil a la latinidad cual es el de la corte de Bizancio en tiempos del emperador Atanasio (491-518), compondra con minucia ejemplar sus dieciocho libros *de arte grammatica* para legarnos en ella lo mejor del espíritu de la escuela de Alejandría, en que Apolonio Discolo y su hijo Herodiano establecían esquemas de sintaxis y normas de ortografía que habrían de llegar, a través de los defensores del purismo latino, hasta nuestros días, para condicionar, en insospechada proporción, la enseñanza de las lenguas modernas. El deseo de superar decadencias producía, una vez más, trascendentes resultados.

Difícil resulta determinar hasta qué punto las reglas que San Benito impone a sus monjes, en el siglo VI, respecto de la copia de manuscritos antiguos, responden al propósito de salvar restos preciosos de la civilización latina en momentos en que el mundo occidental atraviesa oscuridades. De cualquier modo, el santo fundador, no ayuno de letras clásicas, abrirá el camino a San Mauro y a Casiodoro, quienes promoverán en los monasterios el interés por las letras liberales, consideradas “muy útiles para la comprensión de la ley divina”.

La orden benedictina multiplicara copias de textos antiguos que, de otra suerte, se habrían perdido. Si bien a veces, cuando escaseaba el pergamino, raspaban esas membranas para legarnos códices rescriptos —los llamados palimpsestos— en que, bajo glosas o antifonarios, se redescubre a Cicerón o a Plauto, no faltara el ejemplo contrario, pues a veces son pasajes bíblicos los que se borran para dejar lugar a tratados gramaticales y a obras profanas. Por diversas regiones de Europa los monjes islandeses de San Columbano difunden, en los si-

glos VII y VIII, los textos de la latinidad áurea, y nos legan, como floración de eriales, un conjunto de códices de muy cuidada copia en que Horacio, Virgilio y Cicerón sobreviven junto con Lucrecio, Séneca y Juvenal, para no citar a autores que se encuentran en los anaqueles del monasterio de Bobbio, donde alcanzan el número de seiscientos sesenta y seis volúmenes.

Situación con sabor a paradoja provocará el deficiente uso de la lengua de Roma en épocas de Carlomagno. Deseoso de preservar la pureza clásica del latín, el emperador exigiría, aconsejado tal vez por Alcuino, que los textos respetaran la buena tradición y que no se admitiesen hibridaciones notariales, documentadas hasta el hartazgo por la diplomática de ese período.

Indudablemente, no todos se hallaban capacitados para pulir prosas propias o castigar ajenas. Llegada la hora de la verdad, habrá que optar: con sinceridad grávida de consecuencias, nacen así las primeras fórmulas escritas derechamente en lengua romance. Ya muerto el emperador, los juramentos de Estrasburgo confirman la voluntad regia de hacer prevalecer, de resultas de una nueva declinación del latín, la sencillez de formas que estén al alcance de todos y que no admitan interpretaciones capciosas. No obstante, la interacción persistirá, y aún hoy las lenguas vernáculas seguirán enriqueciéndose con los modelos atemporales.

Llegarán más tarde, en la Edad Media tardía, las deformaciones áulicas del latín universitario, y en los ámbitos claustrales la concisión cesárea cederá paso a ergotismos y a veces se humillará a sabiendas para expresar en derechura razonamientos trascendentes.

Por esa vía secana, horra de galanuras y abundosa en distingos, declinará nuevamente el latín de los modelos ejemplares: el pulimento ciceroniano será remplazado por la alquitarada valoración silogística y las cadencias oratorias se someterán a la rotundidad de las conclusiones. Las construcciones sintácticas que permitan oscurecer el pensamiento se rendirán ante solecismos que no dejen lugar para la duda o la réplica: así, por ejemplo, las proposiciones completivas de infinitivo, en que a veces no es fácil distinguir las funciones del sujeto de las del objeto, se trasfundirán en cláusulas explicativas —*dico quod*...— que saben a vulgarismos o a giros soterrados.

Una vez más esta declinación dará sus frutos. A que ellos sean opimos concurrirán muy otros factores que, conjugados, impulsarán esa búsqueda afanosa de modelos de una latinidad ejemplar, obsesión y desvelo de ilusionados Petrarca. Tales paladines, con mucho de medievales y no poco de hombres nuevos, buscaban el camino de un humanismo atemporal, en diálogo con los antiguos y con la posteridad.

Para significar el impulso avasallador de tal reviviscencia, baste recordar que entre el primer tercio del siglo XIV e igual lapso del siguiente fueron localizados y estudiados códices correspondientes a casi todos los clásicos latinos, que, merced a la inmediata invención de la imprenta, pasarían a ser patrimonio común de la humanidad.

Inútil resulta abundar en lo que tal aportación representó en todos los órdenes de la vida. Otro vez el latín, como donosa ave fénix, parecía renacer de sus cenizas y dejar máximo rédito.

En medio del esplendor renacentista reaparecen, con todo, gérmenes de decadencia. El seguimiento servil de los modelos infunde a buena parte de los estudios cierto espíritu escolar, manifestado en una excesiva valoración de la forma, que anquilosa el cuerpo todo de esa latinidad de imitación. Cicerón campea como meta indiscutida y la prosa de sus seguidores se agobia ante el temor del descarrío, pues se considera grave falta utilizar locuciones o giros no empleados por el máximo orador de Roma.

Poco resta para que se caiga en el ridículo. Muchos desisten de expresar nuevas ideas ante el temor de recurrir a términos que no aparecen en el modelo subyugante. Se susurra que el cardenal Pietro Bembo lee sus horas canónicas cuidando evitar influjos espurios, pues él se complace en pláticas que no admiten otro léxico que el de Marco Tulio. Los extremos se tocan, y nos hallamos al borde de una nueva recaída, peligrosamente prestigiada por el apoyo incondicional del Aretino, de Sodoletto, de Navagero y de tantos otros que reiteran fatigosamente el calco.

La reacción se insinúa ya en la obra de Angelo Ambrogini, el Poliziano, y logra toda su fuerza, sin estridores ni vehemencias, en la sutileza dialéctica de Erasmo, quien fija con su prédica y su ejemplo las pautas de una prosa latina de inigualado cuño clásico y libé-

rima adecuación a las necesidades del momento. Un purismo cabal, hecho de la captación de los mejores zumos, esplende sin rigideces en esa lengua que continuará siendo vehículo oficial de la cultura europea por muchos años.

Ese será el latín que empleará Ginés de Sepúlveda, corresponsal de Erasmo, y en esa lengua defenderá, con sutiles argucias basadas en su interpretación del concepto aristotélico de la servidumbre por naturaleza, los derechos de la corona española a la conquista militar de América, hasta el punto de concitar la animadversión de quienes, también en latín, alegaron en favor de los indios, de su evangelización pacífica y aun de su libre determinación en materias religiosas.

Las disertaciones del padre Suárez en la *Defensio fidei*, *De legibus* y *De opere sex dierum* configurarían la filiación ideológica de Nariño, de Castelli y de tantos hombres de América que aprendieron en esos textos que "ningún rey o monarca tiene o ha tenido, según la ley ordinaria, inmediatamente de Dios o por institución divina, el principado político, sino mediante voluntad e institución humana" (*Def. fidei*, III 2).

Esas doctrinas serían vivificadas por el cercano ejemplo de las revoluciones norteamericana y francesa, donde también se trasunta la influencia clásica de sus teorizadores y ejecutantes. Rousseau, traductor de Tácito, no desdice de su original.

Bajo tales influencias nacieron las patrias americanas. Después, a medida que creció el desapego por los viejos modelos, fue descaeciendo el rigor lógico que informó los planteos de cabildantes de diversos sitios de América y fue mermando el estoicismo tiranicida de los descendientes de quienes fueron encendidos paladines de la libertad.

Nos hallamos ahora ante una nueva y evidente declinación de los estudios clásicos. Tal vez el momento sea oportuno para obtener provecho de esta coyuntura. En primer lugar, revisando conceptos inveterados y arraigadas técnicas. Porque lógico es suponer que una disciplina que, como el latín, prolonga su curso por más de dos milenios, ha acumulado fórmulas de las cuales no siempre es fácil desprenderse, sobre todo si aparecen implicadas en modelos repetidos hasta la saciedad y prestigiados por el consenso de ponderados auto-

res. Pero es ya tiempo de distinguir entre lo esencial y el aditamento, pues existe cierta continuidad peligrosa desde aquellas lejanas épocas en que los gramáticos se empeñaban en confeccionar índices de lo que consideraban excepciones al buen uso hasta los modernos tratadistas que plantean distingos acerca de matices tan sutiles que apenas cabe suponer hayan sido pensados por hombres de antaño o puedan ser aprehendidos por los más esforzados estudiantes de hogar. Y bueno es reconocer que, al respecto, se advierte un cierto paralelismo entre la prolijidad de los gramáticos de la primera decadencia y la superabundancia de algunos teorizantes modernos. Aquellos se complacían en acumular presuntas excepciones —las más de las veces, formas regulares de rastreo más profundo—, en hilvanar series convencionales de todo cuanto pudiera enristrarse y en sepultar en lechos de Procasto una lengua viva y, por tanto, anómala, que se escurría por los entresijos de la pedantería académica. Los recientes, influidos por teorías que no siempre se avienen a las realidades de una lengua de transmisión escrita, revierten sobre el latín lo que llevan aprendido en otros ámbitos, con lo que obtenemos un amasijo de conceptos y denominaciones que no se compadecen entre sí y que terminan por oponerse a la tan mentada congruencia de la lengua de Cicerón.

Ello es grave, porque hemos de reconocer que uno de los argumentos que con más frecuencia se esgrimen en defensa de las humanidades clásicas es el de la concertación y congruidad de las partes. Por lo demás, y en tren de sinceramientos, convengamos en que, si bien mucho de verdad hay en ello, no cabe extremar los términos. Nadie podrá negar que, superadas las etapas iniciales, el latinista se hallará ante variadas formas sintácticas que se resisten a un análisis sustentado en el rigorismo formal, como que son frutos del uso corriente, poco propenso a esquemas preconcebidos. Con lo que habrá llegado el momento de ir proclamando ya con qué se ha de encontrar el que penetre en esos vericuetos. Predomina, sí, la lógica, porque sin ella se derrumba la trabazón morfológico-sintáctica que hace de la lengua latina instrumento válido y perenne de ejercitación racional, pero tales exactitudes subsistirán hasta donde lo consienta ese vehículo que con frecuencia intenta transmitir razones del corazón.

Nada aprovechará acartonarse en fórmulas si nos desprendemos

de la letra viva de los viejos autores, si no confiamos en ellos, en su desbordante humanidad, esa que suele saltar sobre estricteces, violentando normas y no privándose jamás de los sabrosos idiotismos que constituyen la salpimienta del estilo. Por otra parte, nadie que se haya adentrado en el tema desconoce la inusual distancia que medió siempre entre la lengua cotidiana de la Roma imperial y los refinamientos de sus prosistas más notables, así como difícil será hallar quien pretenda que las cláusulas de la oratoria republicana reflejaban el hablar doméstico, que, cuando era muy cuidado, parecía espejarse en los diálogos de la comedia plautina, según testimonio del propio Cicerón.

Mucho mayor es la distancia si hablamos de poesía lírica. Por ello, querer encerrar al Horacio de las Odas en módulos válidos para estructuras no artificiosas es traicionarlo: él pretendía ejercer un sacerdocio no fácil y rechazaba al vulgo profano. Reducirlo a esquemas útiles para menesteres propedéuticos es contrariar sus más caras aspiraciones y deslustrar sus logros.

Cuando de aprender latín se trata, no valen facilismos ni urgencias. Cierto es que algunos se empeñan en dificultar la tarea, aderezando fórmulas que más tienden a lo esotérico que a lo real. Hay que desbrozar el camino, orientándose con llaneza, en las etapas iniciales, hacia los prosistas de la latinidad áurea. Sólo más tarde puede resultar útil el conocimiento de formas arcaicas o tardías, pero no es sensato volcarse a ellas cuando todavía no se posee un aceptable dominio de la lengua de Cicerón y de César, fruto exquisito de larga lucha en busca de una expresión concisa y abstracta a un tiempo. Cuando se logra, en forma gradual y sin tropiezos, interpretar a conciencia las etapas de ese magnífico esfuerzo por elevarse de un lenguaje rústico y primario a las sutilezas de la pura especulación filosófica, se despliega para nuestro asombro uno de los procesos más hermosos de la evolución del intelecto a través de las formas del lenguaje. Pero para ello hay que comenzar por los logros máximos, vale decir cuando la lengua ha alcanzado plenitud y, compitiendo con los modelos griegos, se torna vehículo de integral humanismo. A etapas de especialización corresponderá entender en autores de menor cuantía, si bien éstos presentan a menudo el encanto de las sendas no trilladas o de los hontanares a los que se allegan los iniciados.

Sea como fuere, en el fárrago hay que apuntar a lo esencial, particularmente en épocas en que el hombre es consciente y paciente de muy diversas inquietudes y necesidades. A pocos les es dado alcanzar situaciones académicas de total recogimiento, y es indispensable apoyar a no pocos discípulos de atención desbaratada por la pluralidad de disciplinas que hoy supone una carrera y, sobre todo, por las sollicitaciones de una circunstancia cada vez más compleja.

Magro fruto lograremos multiplicando análisis caprichosos y teorías abstrusas sobre obras escritas sin artilugios por esos latinos tan poco dados a lucubraciones y fantasías. Cierto es que el afán de singularizarse y de acopiar antecedentes propende a llenar cuartillas, pero llegará el momento en que se desvanezca el prestigio excesivo de la letra impresa y se desdeñe lo que no apunta a la esencia de eso: viejos textos, tan socorridos de ideas fecundas para quien los analiza en profundidad, sin detenerse a medir los efectos externos de presuntas intuiciones que muchas veces no son más que formas con que se oculta la pereza intelectual.

La doctora Juliette Ernst, que desde hace más de medio siglo es alma mater de *L'année philologique*, no cesa de alertar, por diversos conductos, acerca de las causas y efectos de la extraordinaria proliferación de publicaciones en torno a la antigüedad. Señala la creación más o menos reciente de numerosos centros, deseosos de ponerse en evidencia a través de revistas fundadas sin garantías suficientes, y deplora la multiplicación de coloquios cuyas actas reflejan muchas veces la pobreza de las contribuciones y el desdeñable saldo de tantas horas perdidas.

Puntualicemos también el error común en que se cae por inadecuada imitación de otras especialidades. Ante la abundancia de argumentos que se reiteran para probar que, en última instancia, las ciencias de la naturaleza y las disciplinas humanísticas confluyen en un mismo cauce, y en razón de que las estructuras educativas, en sus diversos niveles, propenden a paralelismos administrativos que pronto devienen esenciales, los estudiosos se muestran cada vez más dispuestos a aplicar técnicas coincidentes en áreas totalmente diversas. Existe un real abismo entre ciencias en permanente actualización y acervos culturales antiguos en que las aportaciones literarias, por

mucho que sea el entusiasmo con que recibimos tal o cual hallazgo, resultan mínimas. No debemos engolosinarnos con el auge de técnicas muy actuales que facilitan el estudio de esos textos. El tesoro clásico debe ser profundizado, asimilado y revivido en trato diurno y nocturno, pero no ajado en el manipuleo de minuciosas estadísticas, de inconsistentes hipótesis o de falsas adecuaciones a una mecánica que lleva al escepticismo y aun al desinterés si no se la trasciende. Hay que volver a la búsqueda empeñosa del espíritu a través de la letra, dejando de lado aditamentos inútiles. Así se despejará el camino y los trabajos meritorios se distinguirán, por consenso unánime, de la hojarasca.

Claro está que para que tal selección se produzca serán necesarios lectores atentos y capaces, que se nivelen con los autores en una lucha franca y fructuosa, de modo que el esfuerzo del creador se justifique en la acuidad del receptor. Paul Valéry entendía que esa capacidad para adentrarse en una captación fecunda estaba perdida ya y que el hábito de lo superficial tornaba inválido todo sacrificio del autor. Otrora, el lector acostumbraba, desde joven, desentrañar el sentido de textos arduos, que no se entregaban sin una previa resistencia que los hacía deseables. Con ello, el receptor se transformaba en parte activa y adquiría un hábito de valoración al que ya no podía sustraerse y del que obtenía recompensas adecuadas a su entrañable disposición.

¿Podemos esperar un retorno de ese estado de tensión intelectual que capacitaba al lector para una fruición que a su vez era entrega? ¿No se habrá perdido para siempre la voluntad de aguzar el intelecto en procura de lo medular, en un ejercicio que muchas veces lleva a la verdadera gustación de la belleza?

El envilecimiento tiene también sus límites. No es necesario extremar actitudes apocalípticas para comprender que en la encrucijada actual se abren muchos engañosos caminos pero sólo están patentes muy pocas salidas. Y todas ellas aparecen basadas en la discreta armonía accesible a quienes se muestran dispuestos a dar lo mejor de sí para superar trances que, de otra suerte, nos conducirán a la irracionalidad y a sus predecibles consecuencias.

No es optimismo sino valoración de apremiantes necesidades lo

que nos pone una vez más en busca de los viejos cauces, de las *litterae humaniores*, porque esta vez la declinación no solo es de latines sino que cala más hondo y va al meollo mismo de todas las cuestiones, por más que aquí nos limitemos a un aspecto de nuestras humanidades, esas que nos facultan, vale decir que nos otorgan facilidades para superar momentos críticos. Porque solo tendremos facultades —de medicina, de agronomía, de letras o de lo que fuere— cuando poseamos la aptitud, la potencia moral y el derecho pleno de investigar, de crear, de transmitir, o sea cuando nos sintamos facultados para solidarizarnos en intereses comunes, convergentes, de calidad universal, que no de otra suerte se constituye una universidad.

La captación cabal del sentido de los vocablos nos conduce, por impensados rumbos, a asimilar —esto es, a incorporar a nuestro ser, a hacerlo similar a él— esos conocimientos que no provienen del cúmulo informativo, vale decir de la instrucción sin objetivos, sino de la mayéutica, de la lisa y llana educación, la que cree en el individuo, lo respeta y lo ayuda a educir sin atiborrarlo. De allí que una buena base etimológica, fundada en la frecuentación diacrónica de la propia lengua —y ya el latín asoma otra vez— no podrá ser remplazada sin perjuicio por sincronías que, al no bucear históricamente, despojan al hecho lingüístico de respaldo y, no pocas veces, de sentido.

Se impone, con todo, cierta medida en este campo, pues con significativa frecuencia se recurre a razones etimológicas para certificar la mayor o menor pureza y propiedad de un vocablo. La genealogía de las palabras, en principio, es buena base para sentar criterios, pero el evidente abuso en que algunos caen reclama alguna observación. Porque si nos preguntamos qué es la etimología, resultará, basándonos en las técnicas que le competen, que es la ciencia (*λόγος*) que trata del significado verdadero, esencial (*ἔτυμος*) de los términos. Pero lo malo del caso es que no existe tal significación esencial, pues el sentido de una palabra es el que le otorga el sujeto parlante en el momento en que la emplea. Es, en rigor, la totalidad de las connotaciones que esa palabra es capaz de suscitar en un momento dado de la evolución de una determinada lengua. Eso, y no otra cosa, es el sentido, el conjunto de “significados esenciales” de un vocablo.

Con un ejemplo tomado de Jules Marouzeau, maestro de latinistas, preguntémosnos cuál es el sentido propio de la palabra "artículo". Consultemos a las personas que la emplean en expresiones referidas a lo periodístico, a lo gramatical, a lo jurídico, a lo dogmático, y vaya uno a saber a cuántas cosas más. Puede entonces que alguien observe que, no obstante la diversidad de sentidos, subyace lo fundamental, el latín *articulus*. Y con esto muchos se darán por cumplidos. Con todo, si hurgamos un poco, hallaremos que el vocablo latino es, sí, base próxima de todos los artículos castellanos, pero, peregrinando a las fuentes, nos encontraremos con que ese término casi pomposo no es más que un diminutivo de *artus*, que equivale a miembro, juntura, ligadura, y que tiene a su vez múltiples vinculaciones y derivaciones, una de las cuales es el arte, o sea el conjunto, la ligazón, la composición hábil.

Si buscamos ahora la etimología común a los vocablos latinos de esa misma familia —*artus*, *arma*, *amentum*, *ars*— deberemos trascender la lengua del Lacio. En este caso, podemos hacerlo, pues conocemos otras lenguas emparentadas con el latín. En griego surgirá el verbo *ἀρρίσκειν*, que vale tanto como 'arreglar', 'ordenar'; en armenio, una forma *arari* ('he compuesto', 'he hecho'). Y ahora nos hallamos en posesión de un elemento común *ar-*, vinculado a la idea de combinar, realizar. ¿Es éste, acaso, el sentido primitivo, verdadero, etimológico? Para saberlo, habría que remontarse nuevamente a otro estrato, y así sucesivamente.

¡Qué lejos quedan nuestros artículos castellanos! Su etimología latina no pasa de ser una etapa, todo lo respetable que se quiera, pero provisional... y convencional. Las lenguas evolucionan y, con ellas, el sentido de las palabras. Pretender fijarlo para la eternidad sobre la base de un momento de su evolución es oponerse a la lógica del lenguaje, a su fluir, a su devenir. Claro está que por ello no hemos de caer en el otro extremo, quizá más vituperable y peligroso, de desconocer toda ascendencia a los vocablos, desligándolos de su carga de recuerdos, haciéndolos renegar de su alcurnia y presentándolos como expósitos para luego transformarlos en esclavos del arbitrio o el antojo de los hablantes. Las palabras no tienen significados esenciales,

pero llevan en sí la carga preciosa de los sentidos que han ido adquiriendo en su formación.

Señalados tan peligrosos extremos, es saludable acercarnos sin prejuicios al curso fluyente de la lengua y observar cuánto hay en ella al margen de una lógica que llamaríamos estática. El principio de identidad sólo es válido para un instante dado, tratándose de vocablos: estos corren como el río de Heráclito, y los conceptos que suscitan van transformándose, amalgamándose, recreándose.

El mejor de los ejemplos nos lo ofrecen los mismos gramáticos, quienes, desde tiempo inmemorial, se han complacido en coleccionar incorrecciones para enfrentarlas a las formas académicas. Un gramático antiguo realizó esta tarea en épocas en que la lengua latina aparecía deslustrada por formas más o menos extrañas. En una compilación conocida como el *Appendix Probi* nos legó una lista de palabras latinas, colocando en cada caso la forma errónea frente a la correcta: hay que decir *pérsica* ('melocotón') y no *péssica* (pero es esta última la que ha subsistido en el francés *pêche* y en el italiano *pesca*); debemos articular *cáldida*, no *calda* (el italiano hace lo contrario); corresponde emplear *auris*, no *oricla* (nuestra *oreja* nos asegura que el dómine no fue escuchado), y así en otros ejemplos.

En muchos casos, las formas vedadas por los rétores y gramáticos de antaño han dado como resultado las castizas expresiones que recomiendan los profesores de hoy. No es cuestión, por ello, de vivir esperanzados en que las formas incorrectas del día han de dar surgimiento a la lengua del mañana. Esta ya es harina de otro costal, en la que es necesario distinguir con precisión y actuar con cautela, como no queramos fomentar el desconcierto y agravar un problema que acucia a las generaciones actuales: el de la incomunicación. Tal dificultad, que impide una integración que el momento reclama con urgencia, responde en gran medida a la incapacidad individual de manifestarse y de ser interpretado.

La alienación trágica del hombre actual, desgarrado de sus semejantes y, por ello mismo, de su vida auténtica, se transparenta en la carencia verbal, en la imprecisión de los vocablos y en la vaguedad de las fórmulas impuestas masivamente. Un lenguaje discriminado, que

se apoye con firmeza en sus correlatos conceptuales, es indispensable para promover válidos empeños comunes, para destruir de raíz engañosos juegos verbales y para recalar en sí como resultado de un mejor contacto con la circunstancia.

Cuando nos referimos a estos problemas no podemos soslayar la existencia de grupos de hablantes que carecen de los elementos mínimos de cualquier estructura o planteamiento gramatical. Pero si nos referimos al hombre que ha proseguido estudios que permiten suponer una conciencia del propio idioma, también en él habremos de reconocer que con frecuencia es víctima de un muy curioso fenómeno, mezcla de temor de caer en pedantería y de deseo de una popularidad sustentada en la búsqueda de lo chabacano.

No son pocas las veces que personas relativamente cultas emplean o pronuncian mal, de intento, una palabra, o bien tergiversan el giro de una frase para hacerle perder su casticismo. Es indudable que existen sabrosas jergas privativas de determinados ambientes, que los estilistas han procurado reproducir con esmero en sus trabajos menos prejuiciados, pero también es cierto que por doquier causa estragos un lenguaje híbrido, hecho de términos genéricos, aplicables a las más diversas categorías. Se habla de la poca abundancia de voces con que cuenta nuestro léxico: el más rotundo mentís se desprende de una revisión somera del diccionario, ya que dormitan allí infinidad de términos que esperan ser usados para expresar las cosas con precisión y elegancia.

El hombre de la calle tiene cierto recato en estos temas y evita el exhibicionismo, pero no es cuestión de pasarse a la otra alforja. La ley del menor esfuerzo es aceptable y natural, siempre que a la postre no obligue a un esfuerzo mayor. Resulta penoso, en efecto, escuchar a mucha gente que se debate para expresarse con exactitud y economía de palabras. Y no hablemos ya de agudeza, que si bien es muchas veces patrimonio natural que Salamanca no presta, se embota otras tantas por falta de ejercicio. Con mayor razón si se tienen pocas luces, que se apagarán del todo con el abuso de términos torpes y fórmulas perezosas. En los diversos niveles, el hábito de una relación fluida y concisa a un tiempo nos procurará ideas claras y conceptos operantes.

El rigor mental que conllevan ciertas disciplinas se nos impone como premiosa necesidad. Remozados los métodos de los hoy descaecidos estudios clásicos, éstos habrán de participar, con su cuota de ejercitación estricta y sus sólidas estructuras, en la obtención de conocimientos ciertos. Por añadidura, nos acercarán a las raíces de nuestro ser. En el trasfondo de las prácticas latinas se irá delineando, además, la ejemplar experiencia de una civilización integrada que, habiendo cumplido su ciclo, nos lega múltiples elementos de reflexión, pues de ella surgieron valores que hoy perviven. La lengua que fue vehículo de esa cultura parece destinada a asociarse, una vez más, a cambios tan prometedores como indispensables.

Señalada ya la necesidad de buscar lo esencial, apuntando a la captación de ese legado y simplificando esquemas, no hemos de interpretar tal tendencia como un llamado a facilitar artificialmente lo que de suyo es arduo. Podrán, sí, en una primera etapa, adecuarse los textos a un criterio didáctico que tenga en cuenta la progresión de las dificultades, pero no será arbitrio eficaz acomodar permanentemente el conjunto hasta desvirtuar el propósito mismo de ese estudio.

Una vez más habrá que recordar que el latín clásico, tal como nos ha llegado, es una lengua literaria y, en ese sentido, artificiosa. De allí que los entusiasmos por fomentar un "latín viviente" al alcance de todos no son válidos si no se los condiciona a la captación de un legado cultural y a la potenciación intelectual que es aplicable a otras ramas del saber.

Entiéndase bien que con ello no se desdennan las inquietudes de cuantos ven en ese latín simplificado, básico, un instrumento de comunicación para determinados niveles. Y hasta es placentero comprobar los logros de ciertos círculos que se esfuerzan por mantener coloquios con sabor ciceroniano, alentados tal vez por el ejemplo de tal o cual especialista capaz hasta de improvisar bien medidos versos latinos no sólo en hexámetros sino aun en complicadas combinaciones logaédicas. Pero no apuntamos a estos divertimientos ni a aquellas instrumentaciones más o menos utilitarias si requerimos una reviviscencia del ejercicio cotidiano y tesonero que nos lleve a la captación de un inmenso legado cultural y nos potencie hacia elevadas metas.

Cuando, a comienzos de setiembre de 1956, se realizó en la ciudad

de Aviñón el Primer Congreso Internacional en pro del Latín Viviente, al que concurrieron representantes de veintidós países, la profesora Malcovati, de la Universidad de Pavía, hizo notar algunos hechos significativos con respecto a la tendencia inversa, es decir al abandono del latín como lengua de intercambio. Filólogos eminentes como Bruno Snell, Ulrich Fleischer y Hans Joachim Mette han renunciado al empleo del latín en sus trabajos de erudición. "Creo —agrega la profesora Malcovati— que jamás filólogo alguno ha pretendido que el latín sea más preciso que las lenguas modernas; pero es evidente, y estoy convencido de que nadie podría negarlo, que el uso de la lengua latina nos obliga a la precisión y a la claridad." Sobre esa base formula su voto, mesurado y prudente: que en las colecciones científicas de interés universal (ediciones críticas de textos antiguos, léxicos de lenguas clásicas, etc.) se emplee el latín en lugar de las lenguas nacionales, y que en las revistas científicas de filología clásica los artículos de interés internacional vayan acompañados de un resumen en latín.

Tales proyectos resultan, a todas luces, muy limitados en comparación con los que alentaban otros partícipes, quienes pretendían hacer del latín una lengua viva, con proyección práctica y universal. Para ello se ha procurado armonizar un lenguaje simplificado, que conserve en lo esencial la sintaxis de la latinidad áurea, pero que admita la creación y asimilación de nuevos términos, absolutamente necesarios si hemos de pretender que el "latín viviente" se mantenga al día con los adelantos de la ciencia.

Todo ello es aceptable, así como el propósito de normalizar esquemas y construcciones que pueden inclinar a confusión. Pero, en el fondo, subsiste una cuestión que no podemos soslayar. Si, con un propósito modernizante y utilitario, despojamos a ese latín de su sentido global, lo desarraigamos de su ámbito vital y lo reducimos a una visión pragmática, el producto no pasará de ser una lengua convencional, como tantas otras que han subsistido mientras las alentó el entusiasmo de sus seguidores. El proceso de formación del lenguaje no puede trastocarse: el idioma no nace ya hecho, íntegramente, como una nueva Minerva armada, para imponerse por disposición superior o por el esfuerzo conjunto de un grupo de entusiastas.

Alguien preguntará tal vez por qué causas el latín se mantuvo como lengua de humanistas durante tanto tiempo. Precisamente por ello, porque era de humanistas, porque estaba enraizado en profundas vivencias. Si se le desconoce ese sentido en busca de inmediatas razones de practicidad, se corta el cordón umbilical con el mundo antiguo y se deja librada a la nueva lengua a la suerte que aguarda, tarde o temprano, a cualquier estructura sin vitalidad. Valga lo dicho frente a argumentos con los cuales, en esencia, se sostiene que, dado que está comprobado que el latín ha dejado de ser elemento basal de cultura, podemos ahora usarlo como sistema convencional de intercambio. De ser ello así, estaríamos en la última etapa de la declinación.

Siempre en procura de eludir a Escila sin naufragar en Caribdis, entendemos que es oportuno el momento para que, alejándonos de una restructuración de la lengua latina que la desorbita al descoyuntarla del momento cultural que le dio vida, nos prevengamos del peligro de zozobrar persiguiendo el encanto de aquellas clásicas sirenas que nos atraen hacia un mundo antiguo tan arrollador y abusivo que petrifica a quien a él accede, ciñéndolo en tal grado que lo inhibe para la captación de realidades indispensables al hombre moderno. Bien razona Spengler cuando, frente a formas obsoletas, coloca la figura natural, copernicana, del suceder universal, que está libre de coyundas surgidas de un excesivo apego a mundos que fueron. Así como debemos desechar la utilización de lo antiguo como de un despojo que nos sirve siempre que lo desarraiguemos de un cuerpo ya muerto, también nos urge desconfiar de ese sentimiento por el cual algunos se han apegado en demasía a semejanzas —a veces superficiales y antojadizas— con los clásicos. Y al decir esto, tomamos en cuenta al autor de la *Decadencia de Occidente* cuando afirma que deberíamos desechar el prejuicio consistente en creer que la antigüedad nos es íntimamente próxima porque hemos sido o pretendemos ser sus discípulos y sucesores cuando en realidad somos sus adoradores. Exagera sin duda al sostener que los mejores ingenios, sin excepción, se han inclinado, llenos de respeto, ante esa imagen, y que en este único caso han renunciado al uso habitual de la crítica, pero es cierto que la presencia de ese mundo ha suscitado cierta timidez y contención

y hasta un culto arbitrario por el que no pocos enlazan idealmente la antigüedad y la edad moderna procurando omitir o despreciar etapas intermedias.

Si bien es discutible que hayamos sacrificado a los antiguos la pureza e independencia de nuestro arte, sin atrevernos durante siglos a crear nada sin antes alzar la vista hacia aquellos modelos, proyectando en esa imagen lo que anhelábamos alcanzar, las reflexiones del polémico pensador de Blankenburgo que, salvando las fronteras del sistema occidental, buscó construir una morfología universalmente válida de la historia, deben incitarnos a meditar acerca del peligro de ciertos espejismos y a colocarnos en la postura de continuadores de una labor ejemplar, pero superable, que, por otra parte, sea eficaz para todo ser humano. Porque en la admisión de ciertas pautas comunes ha de apoyarse la voluntad universalista de la cultura actual, mientras se van descubriendo nuevos vínculos aglutinantes entre grupos aparentemente diversos y aun opuestos entre sí. Trátase de problemas de comunicación que debemos resolver urgentemente, sin enquistarnos en nuestras tradiciones culturales, pero afirmándonos en ellas para no perder identidad. Mal puede estrechar lazos quien carece de puntos de apoyo.

Ya en un ámbito más ceñido nos acucian otras dificultades para la transmisión de ese legado, pues del mismo modo que no es admisible la enseñanza de la literatura sobre la base del estudio de una sucesión de autores desconectados entre sí, resulta indispensable, para comprender el proceso evolutivo de una lengua, seguirlo, en oportuno momento, a través de sus etapas y facetas. Superadas las perplejidades iniciales, en las que, como dijimos, conviene atenerse a modelos áureos, se hace necesario desechar un enfoque estático, que nos dará una imagen tan poco acabada de la vida del latín como la que puede ofrecernos una fotografía para recomponer una existencia con todas sus vicisitudes. No faltará quien aduzca —y no le negamos razón— que los testimonios escritos se tornan insuficientes, pues ellos son reflejo parcial y arbitrario de situaciones que se plantean y desenvuelven en otros niveles. Lo cierto es que la expresión escrita resulta, las más de las veces, el único elemento de que disponemos para seguir el desarrollo de una lengua y, si queremos conocer bien nuestro caste-

llano, nos será preciso acudir a las fuentes de las cuales éste deriva en abrumadora proporción.

Sabíamos que la senda era estrecha y escarpada. Bien es cierto que tal angostura puede derivar en angustia o en ansiedad —de la misma raíz son— para los que en ella se aventuran. Con lo que se plantea delicada cuestión pedagógica, pues no es lícito iniciar al estudiante en esa marcha para abandonarlo apenas dados los primeros pasos y sin haber siquiera atisbado hacia dónde pretendíamos encaminarlo. También es cruel adentrarlo en ese supuesto laberinto y dejarlo en el desconcierto y la frustración.

Resta entonces una vía media, un camino transitable, que se afirma en un basamento de buen sentido, no se empina a altanerías, se allana por el cotidiano aprendizaje de formas sabiamente graduadas y ofrece un pavimento que es taracea de bien buscados trozos y de observaciones que apuntan a establecer un permanente contacto con la lengua vernácula.

La reacción juvenil suele ser muy favorable ante aperturas que deslumbran por su total novedad. Diríase que la misma insipiencia de los incipientes educandos y la conciencia de hallarse necesitados de un vocabulario mínimo propenden a dar mayor fuerza y atracción a esos sencillos juegos etimológicos de que hemos hablado, pues promueven el acercamiento entre el latín y el idioma propio cuyo sentido comienza a desentrañarse. Así, gradualmente, se creará una convivencia con esos romanos que empezaron, como rústicos que eran, expresándose en términos de cuya pobreza ellos mismos se quejaban, pero que, en esfuerzo ejemplar, los fueron quintaesenciando hasta constituir un instrumento capaz de evidenciar las mayores sutilezas. Reiteremos que tal proceso es hermoso y alentador para quienes padecen carencias de comunicación y andan a tientas, faltos de una mínima transparencia expresiva.

Aquí, nuevamente, se impone la cortapisa, pues muy generalizado está el error en que incurren no pocos defensores de estos estudios cuando repiten, incitando a una metodología peligrosa, el encarecimiento de supuestas ventajas de que gozan, para el aprendizaje del latín, quienes hablan lenguas romances, suponiendo allanado el camino a

los que reconocen la consanguinidad de términos, lo cual parece, en primera instancia, buen atajo para llegar a la cumbre. Pero no, pues las ventajas primeras son engañosas, ya que apenas traspuestos los primeros ejercicios, se echa de ver que esas familiaridades no facilitan, sino más bien empecen, pues dos milenios no han transcurrido en vano, y es preferible iniciarse sin preconcepciones respecto de términos que se han cargado o despojado de múltiples matices y aun del sentido raigal. ¡Cuántos comentarios no ha suscitado el *pudor* de Dido ante Eneas, mezcla de sentimientos de honra, de reserva, de delicadeza y, en parte también, del tan sexuado pudor de nuestros días que, así limitado, es en latín *pudicitia*! Buen intérprete es aquel que sabe olvidarse, desde un comienzo, de falsos amigos, y prefiere penetrar *in albis* en ese mundo nuevo.

A medida que, en el aprendizaje, los discípulos vayan descubriendo otros valores de lengua y de cultura, adquirirán aptitud para juzgar acerca de la utilidad del esfuerzo, y no faltarán los que, habiendo completado obras más frecuentadas, adelanten en esos estudios con proyecciones a una especialización que, en mentes bien dispuestas, podrá rendir ciento por uno.

Será ese el momento en que el latín mostrará la amplitud de sus conexiones con las más diversas formas del saber. Aparecerá nítida la necesidad de una cuidada elaboración de vocablos para las novedades de la ciencia, obra empeñosa de conocedores de las lenguas clásicas que con frecuencia se desvirtúa ante la concurrencia despreciada de creadores sin base, esos que han impuesto verbos como deflacionar, deflatar y aun deflactar, por no conocer fórmulas elementales que los habrían contenido en el simple deflar, reverso y reversión de inflar. En todos los campos del saber surgen cotidianos barbarismos debidos a la mala adaptación de términos que toman de otras lenguas modernas quienes no pueden aferrarse a sus raíces. Es de esperar que el apego por la precisión termine por prevalecer sobre la facundia desaprensiva que embeleca e impide razonar.

En las lenguas sabias se complementan armoniosamente el espíritu de geometría y el de fineza, porque el juego de las correlaciones morfológicas y sintácticas agudiza al primero y lo lleva, superada una mecánica sin fisuras, a la fruición de los sutiles contenidos en que

el segundo se deleita. Difícil será hallar otras disciplinas en que ambos aspectos del ideal pascaliano se den en tal cabal plenitud. Si aligeramos al latín de estructuras accesorias sin desvirtuar el valor de la ejercitación básica y, paralelamente, nos imbuimos del espíritu que se rezuma de su totalidad, hallaremos el sobrado sustento que vitalizó y complugo a nuestros mayores. No es necesario para ello inventar nuevas técnicas, sino adecuar todo cuanto nos trasmite al respecto la filología antigua, pues esa disciplina se formó sobre los temas y necesidades elementales, para luego crear, sobre esa base, una especie de enseñanza secundaria o superior. Bien recuerda Antonio Tovar una circunstancia verdaderamente simbólica: en Roma, el fundador de la literatura latina, Livia Andronico, fue un maestro real y verdadero. Gramáticos fueron quienes señalaron los primeros cánones de autores, donde está en germen toda la historia literaria, y a la gramática volcaron sus preocupaciones sofistas, peripatéticos y estoicos.

Por ello, no exagera el que fue rector salmantino cuando afirma que la filología clásica es el instrumento histórico más perfecto y delicado que existe, como que los primeros diccionarios, las mejores ediciones y hasta el criterio para su fijación derivan de técnicas aprendidas sobre el latín y el griego.

La crítica textual más actualizada, referida a cualquier literatura, refleja a cada paso los procedimientos venidos de muy antiguo que, luego de larga ejercitación, alcanzaron consenso casi unánime con las técnicas de Lachmann, continuador de Wolf, Zumpt y Madwig, para no citar sino a sus casi coetáneos. Aun admitidos los reparos de Bédier, de Maas y de otros eruditos, apenas existe hoy edición cuidada que no constituya su texto sobre la *recensio* y la *emendatio* que aquel preconizara, y todo el mundo cultural —hasta el menos dado a clasicismos— se mueve al compás de los esquemas heredados, siquiera sea para contraponerles pretensas novedades.

Se retoman los viejos temas en el drama, en la novela, en el ensayo y en la poesía. Hay evidente ansia de retorno, pero en muchos casos se advierte la insuficiencia de los conocimientos, ya por parte de los autores, ya del público, ya de ambos. La añoranza de épocas en que las finas alusiones a los clásicos pasaban inadvertidas y multipli-

caban las resonancias del texto impar se trueca a veces en desazón al comprobar cómo se malogran talentos y cuánto medran ineptos por incapacidad crítica de buena parte del público, lo que constituye otra de las formas de la incomunicación.

La actual decadencia —vale reiterarlo— es mezquina en escapatorias. Sobre la base de la experiencia recogida luego de tantos cursos y recursos que parecen reflejarse en las declinaciones antes apuntadas, no es ilógico suponer que, llegados al cabo de la presente situación, se opte por lo más digno, aunque ello comporte estrechuras, y que, encarando los problemas, se desdeñen ligerezas. Será entonces momento propicio para que se valoren los estudios que tantos frutos produjeron y que pueden seguir ofreciéndolos, según la expresión del Mantuano, para los hijos de nuestros hijos y para los que nacerán de ellos.

GERARDO H. PAGÉS
Universidad de Buenos Aires